



VIERNES SANTO

LECTURAS

Lectura del Profeta de Isaías 52, 13-53, 12

Él fue traspasado por nuestras rebeliones (4º cántico del Siervo del Señor)

Salmo responsorial Sal 30, 2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9

Experimentó la obediencia, y se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Juan 18, 1-19, 42.

“Todo está cumplido”

Así termina la vida aquí de quien venía enviado del Padre (como nos dice San Juan en su Evangelio).

“**Ecce homo**” había dicho Pilato. “*He ahí al hombre*” en la cruz.

Dentro de unos momentos miraremos esa Cruz. ¿Y qué veremos? ¿Un hombre sin más o algo más?

Él vino para hacer un camino... un camino -“vía crucis”- que ha terminado en el Calvario, en el Gólgota.

Él ha entregado su vida. Ha sido fiel, coherente. Su donación es absoluta, total, no se ha reservado ni una “gota de sangre” (lo vemos al traspasarle su costado, su corazón). Es lo máximo que una persona puede hacer. Y, además, lo hace perdonando, por amor, sin resentimiento... y eso que esta “cruz” es una gran injusticia, porque es la muerte de un inocente. Su muerte es un acto de amor hasta el extremo; ¡más ya no se puede hacer!

Al mirarle así, sobre la cruz, no nos queda otra que **admirarle**. Todos los que son -o somos- víctimas de injusticias se pueden -nos podemos- identificar con Él. Quieren -queremos- encontrar en Él consuelo y solidaridad con nuestro dolor.

Desde que Jesús se ha dejado azotar, cargar con la cruz y entregar su vida..., los golpeados y heridos son precisamente “imagen de Él” que ha querido sufrir por nosotros. A partir de entonces, cuando miramos la Cruz, descubrimos que en las víctimas y en los que sufren está Jesús, el Hijo de Dios de manera privilegiada.

Hoy, además de mirar la cruz, la **“adoramos”** como “signo de amor”, de misericordia para con nosotros, de donación generosa; signo de vida y de esperanza para toda la humanidad.

La Cruz -para los que queremos seguirle- es la **seña de identidad**. Somos discípulos de Jesús, el crucificado (y posteriormente “resucitado”). En la Cruz descubrimos el sentido de una Vida; y, desde ahí, se nos invita también a nosotros a “entregarla” como Él.



La Misa del Domingo

Dice la Carta a los **Hebreos** (que hemos escuchado) que “*Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en Autor de Salvación eterna*”.

Sí, Jesús “crucificado” es la causa de nuestra Salvación.

El **Papa Francisco** ha dicho estas palabras sobre la Cruz: “*Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos personas meramente mundanas..., por mucha piedad que manifestemos.*

Quisiera que todos -continúa diciéndonos a los católicos- tengamos el valor de caminar en presencia del Señor, con la cruz del Señor; de edificar la Iglesia sobre la sangre del Señor, derramada en la cruz; y de confesar la única gloria: “Cristo crucificado y resucitado”. Y así la Iglesia avanzará... será verdadero Pueblo de Dios”.

Este es el núcleo central de nuestra fe: creer en Cristo Crucificado, entregado por nosotros, y, posteriormente Resucitado y Glorificado, porque ha vivido la Voluntad del Padre, con la fuerza del Espíritu. Esta es la fe que debemos profesar (de una manera especial en este **año de la Fe**, y siempre). Esta es la Fe que debemos vivir, con Esperanza transformándola en obras de Amor, de Caridad.

Debemos ser de los personajes que se acercaron a Jesús –cuando iba con la Cruz- para aprender de Él, embebernos de Él, grabar su rostro en nuestro corazón y en nuestras manos como le pasó a lo **Verónica**; y ser entre los hombres “Icono” de su rostro, de su presencia; ponernos a su lado como el **Cirineo** y ayudarle a llevar la Cruz, a Él y a todos los “cristos actuales”.

Sí, hoy, Viernes Santo, **en el centro** de nuestra celebración y de nuestra vida cristiana, está (o debe estar) **la Cruz**. La Cruz, que decimos (y nos jactamos) es (y debe ser) “**el signo distintivo** de todo cristiano”.

Pidamos sinceramente a Dios Padre que nos haga “**mirar la cruz**” de su Hijo (y de tantos hijos suyos, que es toda persona que sufre), y ver el Amor (con sufrimiento y esperanza) que hay en ella..., porque ahí precisamente es donde ha querido estar (y “está”) Aquel que nos ha amado hasta el extremo, entregándose por nosotros.

Él, Jesucristo, el Crucificado y Resucitado/Glorificado, **nos ha marcado el camino**. Él es quien lleva la iniciativa. Ya, desde el comienzo de su vida, nos había dicho mirándonos con cariño: “Venid y veréis”. Pues, ahí le tenemos.

Él **ha dado todo** por nosotros, hasta su **Madre**. Con Ella contamos para acercarnos con toda confianza y garantía a Él.

Pongámonos a su lado, como verdadero hijos, como el “discípulo amado” y **esperemos la Resurrección** que nos espera, como la que vive nuestro hermano Jesucristo.